

PRÓLOGO

INFORMACIÓN Y MEMORIA

De la memoria, dice Caballero Bonald, nadie sabe nada. Cómo funciona, cómo se activan sus mecanismos, por qué se almacenan datos que uno preferiría olvidar y se olvidan cosas de las que uno quisiera acordarse siempre. Cómo operan fijaciones, borrosas y nostálgicas de remembranzas, falsos recuerdos y recreaciones sesgadas. Nuestro relativo desconocimiento de esta compleja arquitectura humana es, sin duda, uno de los misterios en la frontera de la ciencia. Sabemos, a este respecto, muy poco, salvo quizás que más que un lastre, conforma las bases de toda posibilidad de cultura y futuro histórico. El papel trascendental de la memoria en la configuración de nuestra vida cotidiana es de hecho uno de los mayores descubrimientos del siglo XX. Desde hace tiempo, sabemos que no hay futuro, sin un presente arraigado en el pasado. Más aún, el mundo no existiría sin la memoria. Todo progreso, toda sociedad con historia, nos enseñó Lévi-Strauss, cambia y reproduce sus patrones culturales por medio del aprendizaje, que es tanto como decir, que evoluciona con el registro, escriturado, de lo aprendido, en forma de recuerdo y recuperación del pasado. Tal aseveración del centenario antropólogo francés, es hoy corroborada por las más avanzadas investigaciones en biología. El doctor Ángel M. Carrión, de la División de Neurociencia de la Universidad Pablo de Olavide, en colaboración con el doctor Penninger, del Instituto de Biología Molecular de Austria, ha demostrado recientemente cómo la proteína DREAM (Downstream Regulatory Element Antagonistic Modulator) interviene en procesos cerebrales complejos como el aprendizaje y la memoria. Lo revelador, lo verdaderamente sugerente de este descubrimiento, no es la asociación del nombre (prodigiosa iluminación que vincula la función reguladora de la memoria con los sueños, por no decir con la utopía), pues hace más de veinte años de descubrimiento

de esta proteína, sino más bien, por el contrario, el hallazgo de que, tras los experimentos realizados, se observa que el aprendizaje y la memoria son dos procesos disgregables desde el punto de vista molecular. Aún siendo dependientes, para aprender no es necesaria la síntesis de nuevas proteínas, pero sí la modificación de la actividad de las ya existentes en las neuronas. En cambio, para memorizar información sí se requiere la expresión de nuevos genes.

El libro que tiene el lector en sus manos cumple cabalmente con las dos condiciones reseñadas. Sus páginas nos proporcionan nuevos aportes y valores de inteligencia creativa, en forma de legado cultural no sistematizado ni provisto para el desarrollo cultural de la comunicación en nuestra ciudad, al tiempo que aporta viejos elementos ya conocidos por la Historia de la Prensa, tanto desde el punto de vista de su contenido como, lo más importante, por la calidad y relevancia de los autores y líneas de investigación que la vienen cultivando desde hace más de veinte años en nuestro ámbito de estudios.

La calidad y esmero de este trabajo merecen por ello, y no precisamente sólo por este valor, su justo reconocimiento y proyección en la esfera pública, ya que constituye una referencia histórica para la vida local y el periodismo andaluz, y, en el mismo sentido, sienta los cimientos para acometer los retos de futuro de la comunicación y la profesión periodística en Sevilla.

Si, como dejó escrito José Carlos Mariátegui, por lo general, quien no puede imaginar el futuro tampoco puede pensar el pasado; y, por lo mismo, quien no cultiva la memoria poco o nada puede proyectar en el horizonte histórico, la tarea de los autores recogidos en este volumen, coordinado con magisterio por la profesora Ruiz Acosta, contribuye por su solvencia al futuro y progreso de la profesión al lograr reconstruyendo la historia que nos antecede, justo en una época y en un contexto cultural como el nuestro que, lejos de rendir tributo al pasado, tiende a aniquilar, en virtud de una errática lectura posmoderna sin sentido, toda mirada retrospectiva en el cambio de ciclo que tiene lugar con la *sociedad líquida*.

Y es que, ciertamente, nuestro tiempo, si por algo se distingue es, justamente, por la preeminencia de una cultura pragmática y una percepción del presente perpetuo, marcada, incluso teóricamente, por el olvido de la historia, y la negación de toda lectura crítica sobre las cenizas del pasado. La complejidad y velocidad de los cambios en curso han penetrado tan profundamente en las estructuras y formas de sociabilidad que la naturalización, a nivel del discurso público, de las lógicas dominantes de mediación simbólica, se han revestido de tal consistencia y opacidad, que, bajo la apariencia de una falsa transparencia, parecen irreductibles a la crítica científica, mientras el proceso de estructuración y organización de la comunicación y la cultura públicas amplía y reproduce las formas de desigualdad material y simbólica características de nuestra época,

que hoy también colonizan el pensamiento y la producción teórica, condicionando una nueva concepción del intelectual y de los trabajadores de la cultura. Este proceso de borrado y reorganización de la función de la inteligencia creativa es, por fortuna, aún incompleto. Quedan historiadores y comunicólogos que, en espacios públicos, como, en este caso, la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla, siguen cultivando la iluminación entre las ruinas y vestigios de nuestra historia común conscientes, como escribiera Benjamín, que todo archivo de cultura es un documento de barbarie.

Cumplido un siglo de vida asociativa del periodismo sevillano y concluido un ciclo en la historia local de la comunicación, reivindicar la memoria histórica de la profesión confirma, en este sentido, a nuestro entender, que los investigadores y colegas de docencia y academia en la Universidad Hispalense confían en nuestro propio futuro, y andan trabajando, como muchos de los profesionales del sector, por contribuir en nuestro entorno más cercano a procurar un horizonte justo y libre, heredero del pensamiento y las tradiciones emancipadoras de la ilustración española, de la regeneración democrática, del pensamiento libertario y radical, de la política dialógica y cívica que hace posible la idea de España, y que por muchos años alentó el recorrido de largo alcance de las más transformadoras aventuras periodísticas de nuestra ciudad, tratando de trascender los lazos que nos unen con la cultura premoderna, patriarcal y autoritaria que en periodos históricos como la dictadura, analizada en el libro, marcaron los límites de la MODERNIDAD y el cambio social de progreso en Sevilla.

Libro del centenario y de la modernidad del periodismo sevillano en la era de las exposiciones universales coincidiendo con la apertura internacional de la capital andaluza, el presente volumen describe el proceso de reformulación de la prensa local en un periodo histórico que podríamos calificar como de inflexión: el de la fundación de las bases de la modernidad de la ciudad y la consolidación de las empresas y de la actividad periodística en general.

Si en 1895 nacía la Asociación de la Prensa de Madrid a la que seguirían la de Valladolid (1897), Valencia (1899), La Coruña y Alicante (1904) y Málaga (1905), con Granada, Sevilla asiste al alumbramiento de la primera asociación profesional de informadores al amparo de la nueva Ley de Asociaciones de 1887. La Asociación de la Prensa de Sevilla nace entonces como organización de auxilio mutuo en defensa de los intereses de escritores y periodistas de la prensa local para evitar "la explotación de las empresas" y asistir y contribuir al progreso y mejora de la profesión. A partir de esta efeméride, el libro recorre desde diferentes voces y entradas el complejo, diverso y vivo panorama histórico del periodismo sevillano.

Organizado en siete capítulos, desde el nacimiento de la prensa moderna y la asociación profesional de periodistas hasta la democracia y renacer del periodismo político en el marco de la transición y de la autonomía andaluza, el texto que tiene el lector en sus manos describe los principales hitos y circunstancias históricas de la prensa y el periodismo sevillano con todas sus caras y aristas, incluyendo el contexto sociopolítico que marcó la vida de la profesión, a lo largo de este siglo de avatares, conquistas y retrocesos en la libertad de expresión. Así, de la censura y modernización periodística durante la Dictadura de Primo de Rivera, pasando por la II República y la era de la comunicación masiva y democrática que da lugar a la reinención del periodismo local en los "felices años 70" de la transición, en este siglo de historia de la prensa sevillana asoman publicaciones de efímera vida, pero muy ligados a la idiosincrasia y latir de la ciudad, como *Vía Crucis* o *Las Fiestas de Sevilla*, *Triana*, *Noticiero de los Lunes* o algunas de más peso como *El Noticiero Sevillano*. Este definitivo "asentamiento de la contemporaneidad" recoge además las trayectorias de medios de referencia en nuestra región como *El Correo de Andalucía* y *ABC* de Sevilla, pasando por nuevas cabeceras y medios nacionales como *El País* o *Diario 16* con presencia en la ciudad, sin olvidar por supuesto los profesionales de la información; grandes figuras del periodismo y la comunicación local tienen su espacio en estas páginas, de José Laguillo, Urgoiti o Manuel Chaves Nogales a periodistas en activo como Antonio Burgos, José Aguilar, Ignacio Camacho o Juan Teba, sin olvidar por supuesto a José María Javierre y otros protagonistas del periodismo local que tan bien y tan generosamente supieron aportar lo mejor de sí para todos quienes amamos el viejo oficio de informar.

El lector puede así conocer de primera mano pequeñas historias en forma a veces de breves relatos, el origen de la estructura actual de la comunicación y de sus protagonistas, trayectos gloriosos y fracasados de un pasado luminoso que late y progresa con la ciudad. Por eso decimos que los autores que nos entregan estas actas del centenario de la profesión periodística, o de su asociación, que tanto atañe a una como a otra, ejercen con esta entrega de vocacionales profesionales de la esperanza.

Si, como dijera Italo Calvino, somos lo que recordamos, y la memoria, un espacio en permanente reconstrucción, la escritura de la historia del periodismo local en Sevilla es al tiempo una reivindicación de la memoria y una reafirmación del derecho a la información. Nada mejor para cultivar la esperanza en la era Internet de la velocidad de escape.

Si aún hoy hay patrias en la tierra para los hombres libres, y con libros como éste también inteligencia creativa, libre y democrática, cabe constatar con este excelente trabajo que también hay memoria en la Universidad para los hombres de palabra y fuego, de verbo y escucha, de oficio y servicio público. Que en el tiempo que vivimos de la desmemoria y la fugacidad de la modernidad líquida,

pervive el compromiso con el recuerdo y nuestro pasado, que la Academia cultiva la vida revivida y regeneradora. Que la pasión por la realidad social, que el análisis del quehacer narrativo, que la traducción de los materiales ofrecidos por la propia realidad, por su contexto histórico, pueden, y de hecho siguen alumbrando los caminos de futuro. Y que, permítame el lector que hable por otras voces, en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla, seguimos cumpliendo respetuosamente nuestro particular juramento hipocrático como profesionales de la esperanza. A saber: No hay conocimiento posible de la realidad sin el recuerdo de lo vivido, sin la potencia, en suma, de la vida y su comunicación.

Aún en los tiempos de la sociedad del espectáculo en los que la escritura y la teoría están sometidos a la reescritura silente del palimpsesto de la indiferencia, pese a los borrados y barridos del culto a la insignificancia, siempre quedan los rostros y vestigios de una vida posible, los cuerpos y pasiones incandescentes, que proyectan el zumbido y arrebatadora potencia de la vida que alumbran y dejan entrever en las esquinas blindadas de la desesperanza la insurgencia de un querer insobornable, no sé si épico, pero desde luego sí narrable.

La persistencia de la memoria, el recuerdo de lo vivido siguen presentes, porque hay quien observa, recupera y narra para nosotros lo acontecido, porque hay quien piensa en lo que fue, y lo que podría haber sido. Quizás por ello volvemos una y otra vez sobre nuestra memoria.

En la filosofía escolástica, esta es una de las potencias fundamentales del espíritu. Los problemas metacientíficos – escribió Manuel Sacristán – son siempre filosóficos. Y la filosofía una actividad reflexiva, la valoración de ideas, propósitos y programas de ideación y acción social, al menos desde una perspectiva sociopráctica. La memoria contribuye a esta mediación entre la experiencia y la construcción colectiva de lo social. Por ello, el trabajo académico que tengo el honor de prologar representa, en este sentido, una oportuna invitación a pensar la historia y modernidad del periodismo en Sevilla, y, por ende, a conquistar el futuro, a proyectar nuevas luces, desde la ciencia de la comunicación, en el campo de lo social, iluminando nuevos horizontes y tendencias de futuro. Pues si algún valor ha de tener la re-construcción de lo pasado es la de cumplir una función vicaria de mediación sobre los mundos de vida dirimiendo la proyección de lo real desde lo potencial. Este y no otro es el sentido de la utopía y de la libertad informativa como realización cultural y autodeterminación.

Como un ejercicio de *palingenesis*, como la construcción, en otras palabras, de lo social desde lo colectivo, como un pensamiento y una acción transformadora, la utopía es aquí una forma de determinación de nuestro presente en tanto que posibilidad de acción que instituye una norma con la que medir la realidad desde nuestras aspiraciones colectivas, y, obviamente, a partir de la tradición y del pasado.

Estamos seguros que el libro que tiene el lector en sus manos contribuirá a tal propósito, a sentar las bases históricas de lo que fue, y en parte es hoy, el periodismo sevillano. El mejor reconocimiento a sus autores es que el volumen contribuyera a un debate público para un "saber otro", alentando la reflexión profesional y académica sobre el oficio de informar en la nueva Sociedad Global de la Información, lo que, sin duda confirmaría lo antes dicho: que nuestra "imaginación comunicológica" está activa y aprendiendo del pasado, que es posible, en fin, imaginar otra comunicación posible, que podemos, una vez más, imaginar el futuro de la ciudad, porque, entre otras razones, no hemos perdido nuestra memoria histórica y seguimos, cual aprendices de la hermenéutica, tratando de interpretar los vestigios del pasado y, con toda modestia, pero en tanto que científicos sociales, también, en cierta forma, reescribiendo el futuro.

Francisco Sierra Caballero